

## ΞE ENSAYO Y ERROR

Nueva Etapa. Año XVIII. N° 37. Caracas, 2009, pp. 171-181

Revista de Educación y Ciencias Sociales

Universidad Simón Rodríguez

Depósito Legal: pp. 92-0490 ISSN: 1315-2149

### Voz, mito y tradición en el imaginario yanomami.

#### Un ejercicio de historia oral

*Voice, myth and tradition in the yanomami*

*Imaginary. An exercise of oral history*

---

Miguel Mora Alviárez\*

[mmora170@yahoo.com](mailto:mmora170@yahoo.com)

#### Resumen

La palabra *grund*, en alemán, tiene que ver con el suelo nutricio, con el fundamento. La vida social, del sujeto individual y colectivo, tiene un *grund*, base de nuestras acciones, suelo sobre el cual se apoya su porvenir. En este trabajo presentamos el hombre, varón y mujer, yanomami en su *grund*, en su suelo, en el que se reconoce a sí mismo y al semejante. Esta cultura, desde su imaginario diríamos también, se arraiga en su *grund*, y en él se apoya conscientemente o no. Este arraigo les ha permitido a los miembros de la comunidad yanomami, entre otras cosas, sobrevivir, perdurar en el tiempo. Sus mitos fundadores conforman y soportan la empatía comunitaria que les permite, de algún modo, sentir cierta confianza en lo que son. Finalmente, puede decirse que el texto es un ejercicio de historia oral

**Palabras clave:** Imaginario yanomami, mito, tradición, historia oral.

---

\* Docente investigador de la Universidad Simón Rodríguez. Asesor académico del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), Venezuela.

## Abstract

The word *grund* in German has to do with the nutritive ground, with the land. The social life from the individual and collective subject has its *grund*, bases of our actions, ground over which their future is supported. In this work we present the man kind, man and woman; the Yanomami in their *grund*, in their ground in which he recognizes himself and the others. We would also say that this culture from its imaginary is rooted in its *grund*, and in it is supported, consciously or not. This root have allowed to the members of yanomami community, among other things, to survive and to last in time. Their foundational myths conform and support the communitarian empathy that allows them somehow to feel certain trust in what they are. Finally, it can be said that the text is an exercise of oral history.

**Key words:** yanomami imaginary, myth, tradition, oral history.

El presente texto constituye unas notas de trabajo que pretenden dar una modesta aproximación al imaginario simbólico de los yanomami<sup>1</sup>. Ellos constituyen una etnia indígena americana, distribuida entre Venezuela y Brasil, cuya principal característica es el respeto y la armonía de su vida con la *pacha mama*.

La población total está conformada por unas 20.000 personas; viviendo de manera dispersa en pequeñas aldeas en la selva tropical, en una amplia área geográfica del estado Amazonas (en donde se localiza la mayor parte de la población) y del estado de Roraima.

Las aldeas, denominadas *Shabono*, son construidas, a veces en círculo o en hilera, abiertas totalmente. Las viviendas tienen forma cónica y en ellas

---

<sup>1</sup> Los yanomami viven de acuerdo con las prácticas de los llamados pueblos pre-alfabetizados, a pesar de que en la actualidad padecen las amenazas de la globalización y la transculturación. Amenazas que son la expresión de la invasión colonial (conversión religiosa, subestimación de sus tradiciones y cultura respecto a una cultura considerada superior), despoblación por las enfermedades exógenas. En síntesis, su modo de vida tradicional puede estar desapareciendo, si no se realizan las acciones correspondientes.

viven grupos de familias. Ellas comparten entre sí los productos de la caza, la pesca o la cosecha. Periódicamente se congregan en torno a una hoguera o fogata ubicada en la parte central del *Shabono*. Allí se alimentan, hablan, cuentan sus historias, mitos<sup>2</sup>, leyendas, y realizan prácticas educativas, transmitiendo los adultos sus tradiciones a los más pequeños<sup>3</sup>.

La palabra *grund* en alemán tiene que ver con el suelo nutricio, con el fundamento. La vida social, del sujeto individual y colectivo, tiene un *grund*, base de nuestras acciones, suelo sobre el cual se apoya su porvenir. En este trabajo presentamos el hombre, varón y mujer, yanomami en su *grund*, en su suelo, en el que se reconoce a sí mismo y al semejante. Esta cultura, desde su imaginario diríamos también, se arraiga en su *grund*, y en él se apoya conscientemente o no. Este arraigo les ha permitido a los miembros de la comunidad yanomami, entre otras cosas, sobrevivir, perdurar en el tiempo. Sus mitos fundadores conforman y soportan la empatía comunitaria que les permite, de algún modo, sentir cierta confianza en lo que son. Finalmente, puede decirse que el texto es un ejercicio de historia oral.

## Mi vida selva adentro

*Sherowana* es un lugar sagrado de la selva amazónica venezolana, rico en frutas selváticas y plantas medicinales, ubicado relativamente cerca de la aldea El Platanal. Según la forma como los indígenas yanomami miden ahora las distancias, a dos horas de navegación a motor sobre una lancha, y luego tres horas de caminata hasta divisar en la espesura un cerro cubierto de una vegetación densa y exuberante. Cuando no se dispone de esos medios, una larga caminata a paso seguro y sin escalas toma cerca de diez horas, se parte de mañana y con el atardecer se logra el regocijo de los reencuentros familiares.

---

<sup>2</sup> Véase a Finol, José Enrique. «La semiótica de los orígenes y la estructura cultural en el relato mítico Yanomani». En *Revista Antropológicas*, N° 5, pp. 23-73, 2001. Disponible en: [http://www.joseenriquefinol.com/index2.php?option=com\\_content&do\\_pdf=1&cid=64](http://www.joseenriquefinol.com/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&cid=64) [Consulta: 23/03/2009]

<sup>3</sup> Véase a Cocco, Luis. *Iyëwei-Tëri. Quince años entre los yanomamos*. Caracas: Escuela Técnica Popular Don Bosco, 1972.

En el pasado, *Sherowana* fue un espacio de selva poblado por Yanomami guerreros que avanzaban sobre otras comunidades reduciéndolas e imponiendo su fuerza. Esto ha cambiado: lo apacible del paisaje, combinado con el ardor de la naturaleza y los nuevos liderazgos indígenas, ha hecho de la aldea un espacio de paz y espiritualidad.

En ese lugar, *Nijorama*, una bella indígena yanomami, llevó el embarazo en compañía de su amado Juawe. Y una tarde comenzaron los dolores de parto, hasta alumbrar a un niño que parecía trascender en la inmensidad de la selva. Jacinto, un joven tío del recién nacido, con dominio perfecto de la escritura yanomami y castellana, tomó un cuaderno de anotaciones y escribió: *hijo hombre de Nijorama y Juawe, mi sobrino nació en Sherowama una tarde de Mayo de 1971 y anotó luego, hoy es 23 de Mayo.*

Jacinto, en su condición de maestro, formado por los curas católicos y apegado a esos sistemas de información que la Iglesia ha impuesto en la Amazonía, informó del nacimiento al cura Bartoli quien le asignó el nombre bautismal de Juan Bosco.

Juan Bosco creció en un mundo familiar envidiable, entre el cuidado celoso de sus padres y el amor inmenso de sus abuelos maternos y paternos. Nunca le llamaron Juan Bosco sino *Sheroanawe* por su lugar de nacimiento y *Hakihive* por el paraíso selvático donde nació su abuela paterna. Le gustaba mucho su nombre indígena y evitaba que le llamaran con el nombre que le asignaron los curas.

Al recordar y contar su pasado, *Sheroanawe* revive sus sueños de niño en la selva espesa, y anhela las partidas tempranas a cacería acompañando a su abuelo. Con apenas siete años le permitían llevar los machetes para despostar y limpiar las presas de caza, aunque todavía no estaba preparado para portar arco y flechas. Eso sí, estaba muy atento a la caza de monos y osos, porque de allí provenía la vejiga urinaria que, curada e inflada con la boca, se convertía en un balón con el cual jugaba con sus amigos de infancia. Algunos de ellos ahora hacen de la cacería un oficio significativo para llevar alimento a sus familias. Otros, en cambio, recuerda con mucha tristeza *Sheroanawe*, partieron con la muerte temprana y hoy son espíritus.

Me gustaba salir con papá y abuelo, ellos me enseñaron mucho, me fueron preparando hasta llegar a tener mi propio arco, mis flechas y puntas; las que, primeramente las manos artesanas de su padre, construyeron con elementos vegetales de la selva. Juawe, mi recordado padre, me enseñaba con dedicación y paciencia; cuando fallaba un tiro me decía que no me desesperara, que sólo llamando la calma me vendría el día de salir por mis propios medios a la cacería.

Y así, entre el amor familiar, la abundante selva y la cacería, pasó su infancia. La que ha debido ser tan hermosa para que *Sheroanawe* dejara escapar sus lágrimas, como testimonio del encanto y la felicidad, al recordarla.

Recuerdo ahora a mi madre enseñándome a hablar nuestra lengua, cuando tenía tres o cuatro años: ara (guacamaya), etebeshi (moriche), iwa (caimán), oru (culebra) y úkushi (zancudo). Con mucha paciencia me enseñó hasta el momento de ir a la escuela.

La escuela, regentada por la Iglesia católica, la recuerda como un choque cultural significativo. Su tío Jacinto (*Serowe Yakiraiiwe*), quien anotó su fecha de nacimiento aquella tarde de mayo, convenció a sus padres para que lo enviaran a la escuela. Tenía nueve años y lo primero que le enseñaron fue los números en yanomami. Caminaba cada día casi una hora hasta llegar a una casa construida con paredes de barro y techo de palma; en su interior muebles, elaborados con manaca, estaban alineados y arreglados con un orden que no existe en la selva.

Pero yo no sabía a qué iba allí. Lo que me enseñaban mis abuelos y padres era suficiente. Al llegar a la escuela me detenía, no quería entrar y mi tío que era maestro me hacía entrar, me entregaba el lápiz y una piedra con la cual afinaba la punta. La comida de la escuela la vomitaba, se me retorcía el estómago. La leche olía horrible y me entraba la añoranza de la carne de paujé, úquirá y opo (cachicamo) que servían en el shabono. Una monja que trabajaba como enfermera me decía que debía comer poco hasta acostumbrarme, pero cuando vomitaba me amenazaba con golpearme si repetía. Durante el recreo muchas veces sustituía lo que me ofrecían en la escuela, refresco sintético de color rojizo, arepa,

carne de buey enlatada, por lo que traía humildemente de mi casa. Me comía con ansia el plátano asado que mi madre Nijorama había preparado. También llevaba lechosa del conuco porque esos alimentos que daban en la escuela no me hacían bien. Finalmente me acostumbré, me dijo Sheroanawe. Varias veces su propio tío lo amenazó de no permitirle venir a la escuela a lo que Sheroanawe respondía que sería bueno para él, ya que la comida napë o comida de criollos no le agradaba.

En su trayectoria de vida fue construyendo y asimilando las leyes de la selva y de la vida comunitaria y familiar. Nada de esto lo escribió, lo lleva en la mente, en la espiritualidad, en el corazón. En ese proceso de aprendizaje, todavía bajo la protección de sus padres, a los diecinueve años fue de cacería, solo. Se adentró en la selva espesa, recogió unas guamas que estaban bajas y las comió con un gusto indescriptible y se mantuvo en alerta de una presa que estuviese a tiro de flecha. Su sorpresa fue mayor cuando su agudo oído pudo detectar los pasos suaves y peligrosos de un tigre robusto que le miraba con recelo, parecía que venía de hartarse, pero aún así era preferible dejar el arco, la flecha y las puntas, y dejar también la valentía para correr sin detenerse hasta llegar al *shabono* y contarle a los padres sobre el temor vivido ante ese tigre gigante que le apareció en la espesura.

*Sheroanawe* conocía historias de tigres contadas por el chamán en su infancia; sabía que una mujer y un niño fueron devorados en *Sherowana*. Esa información la debían guardar los niños para toda su vida: la selva da comida, pero los descuidos pueden convertirnos en comida de animales feroces, les decía el Chamán. En esa formación para la vida en la selva, su abuelo *Torunu* fue imprescindible, tenía mucha experiencia.

Él tenía más palabras para explicarme, cuenta Sheroanawe, para hablarme de la unidad familiar, para informar sobre la casa comunal, cómo se construye y cómo prepararnos para tener una mujer... El saber, es algo muy importante para nosotros, lo reconocemos como una virtud. Mi tía, por ejemplo, que ahora hace el papel de mi madre desde la muerte de ésta, sabe más que yo. Conoce mucho sobre el conuco, siembra y comparte la cosecha entre todos. Mientras más se sabe, como sabían mis padres y abuelos, somos menos egoístas.

En esos procesos formativos, en la (in)formalidad de la vida comunitaria, la nueva generación es educada. Los capitanes, líderes comunitarios, tienen una gran experiencia y fungen de jueces de paz. Por ejemplo, si un hombre pretende a una mujer casada el capitán, advertido, le convence de abandonar el galanteo. Cada familia se preocupa de la producción, de la cacería. Nadie pide, el trueque es una estrategia económica de alto reconocimiento. Y así, con estas normas, no escritas pero valiosas para la vida en comunidad, *Sheroanawe* comenzó tempranamente a llevar comida para contribuir con el sostén de la comunidad, especialmente de su mujer y una hija pequeña. Era su prima hermana, hija de una hermana de su madre. Cuenta que esperó pacientemente a que llegara la tercera menstruación y la hizo su mujer.

Desde pequeño quise ser chamán, y llegada la hora me inicié. Al ser chamán el mundo cambia, todo es bello, todo se ve bonito, se sueña, se ven espíritus, se oyen cantos. Colecté el yopo necesario e inicié mis aprendizajes sobre las plantas medicinales, porque lo primero que se requiere para ser chamán es la vocación de curar. También debe hablar bien y tratar bien a los demás; porque es la forma de que lleguen los espíritus. Se debe comer sano especialmente plátano asado, batata, ocumo y pescados pequeños. Creí tener todas esas cualidades, pero enfermé de mi vista. Lamento no haber podido lograrlo, por esta dificultad para continuar con mi formación. Chamanear fue mi gran anhelo. Mi madre me dijo que es bueno ayudar a la gente, que siguiera ese camino, pero no pude. Cuando dejé el yopo dejé también de soñar con los espíritus, lo que veía antes ahora no lo veo; el tema de los espíritus pertenece a mi pasado, a mis recuerdos.

¿Quién soy, me preguntas?, *dijo Sheroanawe*. Soy un yanomami, provengo y soy parte de la historia de mi pueblo. *Te cuento, me dijo y comenzó a contar esta suerte de leyenda:*

Cuando todavía no éramos yanomami, existían dos hombres, hermano mayor y hermano menor, estos dos nacieron de mamá rana, su abuelo fue el curare. Cuando nació el menor, el tigre mató a su madre rana y su abuelo los cuidó y crecieron, esperando siempre vengar la muerte de su madre, hasta que finalmente dieron muerte al tigre que mató a la mamá rana. Su abuelo se convirtió en el bejuco del cual sacamos hoy día el veneno. Cuando hermano mayor y hermano menor fueron hombres grandes se mudaron lejos. Ellos hacían sus arcos, flechas y puntas para

cazar. Uno de los hermanos era muy bonito y se llamaba Omawë, el otro hermano era feo, era torpe, todo lo hacía feo y se llamaba Yoawë. Las flechas y las artesanías que Yoawë hacía no eran agradables a la vista. Omawë y Yoawë no tenían mujer. Decidieron caminar por la selva hasta encontrar un lugar donde existían muchas frutas. Se detuvieron y comenzaron a chamanear. Omawë habló con su hermano y le dijo que debían hacer fiesta con frutos de la selva, con momo. Sacudieron la rama del árbol, recogieron muchos frutos, los asaron y ahumaron e hicieron una fiesta para los dos, bailaron y gozaron. Al final hicieron una canasta, metieron frutos que se convirtieron en piedra, los dejaron en el sitio y partieron a otro lugar. Llegaron a un caño muy bonito donde permanecieron por tres días. Decidieron pescar en el caño utilizando termitas para cazar los peces cuando salieran a comer, y sucedió también que una bella mujer salió del agua y nuevamente se hundió. Los hermanos se miraron con asombro y buscaron más comején y lo echaron en el agua para atraerla. Brotaron muchos peces y salió la mujer bonita. Yoawë agarró la mujer, pero ésta se le resbalaba entre los brazos, se soltó finalmente y no logró capturarla. Nuevamente buscaron comején y lo vertieron al agua... la mujer salió cantando y el hombre bonito, Omawë, la agarró bien duro y con ayuda de su hermano logró, por fin, sacarla fuera del agua. Le quitaron la grasa de su cuerpo y se prepararon para quitarle los bagres y peces que la bella tenía en su vagina, algunos muy peligrosos como las pirañas. Un mono blanco quería hacer el amor con la bella mujer, los dos hermanos no se opusieron, lo llevaron con la mujer para que le hiciera el amor. Al poco rato, el mono gritaba de dolor por la amputación parcial del pene. Sólo le quedaron para siempre las cicatrices de los mordiscos de los peces. Salió huyendo y los hermanos limpiaron la vagina, llevaron la mujer a un lugar bonito y decidieron que Yoawë fuese el primero en copular. Cuando lo hacía, de la vagina salía un ruido extraño, que ahora es el canto de un pájaro de la selva. Esto era una mala señal reproductiva, ese ruido no era agradable, el amor debía hacerse suave y sin ruidos. Entonces Omawë el hermano bonito se acomodó con cuidado sobre la mujer y de allí, de esa unión nació un niño, y cinco años más tarde nació una niña... Y de allí vengo, somos los yanomami.

### **Mi vida en la ciudad**

¿Cuándo salí de la selva? Recuerdo que tenía unos 19 años. En aquel momento fue cuando conocí a un antropólogo alemán que llegó pri-

mero a Platanal, y luego a Sherowana donde construyó una casa de una sola agua hecha en barro y techo de palma. Allí habitaba con su mujer, una rubia agradable que le ayudaba a tomar notas. Se hizo mi amigo, me hablaba en un lenguaje que entendía poco, era castellano, pero extraño. Creo que ambos hablábamos mal el castellano. Cierta día me dijo que le gustaría que le acompañara a Puerto Ayacucho a conocer esa ciudad; y que por mis propios medios conociera los hábitos de esa gente, sus comidas, su vida. Me convenció y partimos a Platanal. Salí vestido con una franela azul y un pantalón deportivo que una monja de la Misión me regaló.

Tomamos una avioneta, era la primera vez que me montaba en uno de esos aparatos. Mis nervios me traicionaron y me atacó un nerviosismo extremo, que sin darme ninguna pena, me agarré con fuerza del antropólogo y su mujer hasta que finalmente aterrizamos en Puerto Ayacucho. Fue la primera vez que vi un carro y tanta gente extraña, eran personas que me miraban con recelo, no sé si a mí, solo o a los tres. Casi de inmediato comencé a sentir la falta de mi familia, y un poco más tarde de los alimentos a los que estaba acostumbrado. Sentí la misma sensación que me provocaban los alimentos de la escuela cuando era niño. El alemán había contactado con unas personas que le alquilaron un cuarto con camas, y fue la primera vez que dormí en esas circunstancias. Al día siguiente parecía que había pasado la noche sobre una roca, tenía dolor en el cuerpo, no soportaba la espalda. Y terminé por irme al patio de la casa a llorar, no tanto por el dolor de mi cuerpo, sino por la falta que me hacía la familia. ¿Por qué lloras?, me dijo la esposa del alemán y le contesté que por la ausencia de mi madre y padre. Es la primera vez que estaba lejos de mis padres, le dije, y la mujer sonrió. Molesto, le pedí que no lo hiciera, porque así somos los yanomami.

El antropólogo y la mujer soportaron sólo dos días mi llanto, y contrataron un vuelo a Platanal para llevarme de regreso. Al llegar me quité la ropa, me puse el guayuco y me fui a jugar pelota con amigos de la comunidad. Los alemanes partieron a Sherowana. Dos años más tarde los visité y me invitaron a Alemania: No puedo, les dije. No voy nunca a un lugar que no entiendo ni me entienden, además mi madre me dijo que no fuera y ella sabe mucho. Los alemanes permanecieron dos años más en Sherowana, luego el antropólogo quedó solo pues su mujer lo abandonó.

Una mujer de la comunidad le ofreció su hija como esposa, y el alemán se sintió nuevamente acompañado. Sucedió que también le gustaba una yanomami casada, estaba orgulloso de tener dos mujeres, pero esta última no lo quería, ella amaba a un yanomami del cual fue prometida desde niña, pero le correspondía porque el antropólogo llevaba a su casa comida y herramientas para trabajar el conuco. Sin embargo, ella continuamente lo rechazaba, y una noche el alemán se emborrachó, tomó su escopeta pajiza y se acostó en su hamaca, disparó la escopeta bajo el mentón y se voló la cabeza de un disparo. Lo enterraron en su casa, hoy destruida por el tiempo. Esa muerte evitó su permanente deseo de volver a Alemania. Dos años después regresó la primera esposa de Alemania, visitó el lugar donde estaban los restos de su esposo, sepultado con las normas de los curas católicos, lloró mucho y partió de regreso. Nunca se enteró que este hombre murió por amor a una yanomami.

Después de aquel primer viaje, hubo una segunda vez en que salí de mi comunidad. Éramos cinco yanomami que partimos con tres hombres y dos mujeres hacia Puerto Ayacucho. Salimos en lancha. Esa vez estuvimos varios meses pero llevamos hamacas, y advertí tempranamente a quienes nos invitaron que no queríamos comer napë. Esta vez no lloré la ausencia, pero mis amigos de la comunidad sí lo hacían y retornamos al calor del pueblo.

De todos mis viajes recuerdo uno en especial. Aprobada la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, en 1999, entendí que los yanomami somos ciudadanos con deberes y derechos. Y, por ello, decidí ir a Puerto ayacucho a cambiar mi nombre cristiano Juan Bosco, por mi verdadero y auténtico Sheroanawe Hakihiwe. El padre Bartoli se preocupó por esta iniciativa pero fui tajante, un yanomami debe ser leal a su pueblo, a su familia y mi nombre viene de dos lugares hermosos del estado Amazonas.

*Sheroanawe* es un activo miembro de la comunidad yanomami que ahora, después de haber aprendido de la vida entre dos culturas, trabaja en el rescate del patrimonio intangible de su etnia. Tiene una fábrica de papel donde se graban las historias, mitos y dibujos de su cultura.

## Referencias bibliográficas

- COCCO, Luis (1972). *Iyëwei-Teri. Quince años entre los Yanomamos*. Caracas: Escuela Técnica Popular Don Bosco.
- FINOL, José Enrique (2001). «La semiótica de los orígenes y la estructura cultural en el relato mítico yanomani». En *Revista Antropológica*, N° 5, pp. 23-73. Disponible en: <http://www.joseenriquefinol.com/index2.php?> [Consulta: 23/03/2009]